
La Negra

Juan José Morosoli

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8564

Título: La Negra

Autor: Juan José Morosoli

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 23 de abril de 2025

Fecha de modificación: 23 de abril de 2025

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Negra

Todas las adolescentes —varones no nacieron del matrimonio— morían tísicas en las grandes camas llenas de cortinas y brocados, vestidas con ropas de blancos desvaídos y puntillas color marfil que parecían enfermas como ellas. Según las gentes, cosas y ropas estaban contagiadas del mal terrible.

La amplia sala de los lejanos saraos se abría con frecuencia para los velatorios. Tras la ancha puerta de medio punto, que limitaba la sala con las piezas de labor, cerrada herméticamente, el ataúd blanco con moños celestes como para unos esponsales, aparecía como levantado por una marea de flores. También blancas las flores como el ataúd y el rostro de la muerta.

Aquellas muertes vaciaban de flores los patios del pueblo.

Criadas con túnicas duras de almidón, cruzaban las calles rumbo a la casa señalada por la muerte.

Magnolias y jazmines con su olor caliente, dejaban por días su perfume de boda con la muerte, dulce y sin sangre, por los rincones y los terciopelos profundos.

* * *

Se salvó la niña Angela —la menor de la familia— por los pechos de la negra Alcira que daba a luz todos los años, destetando un hijo para ponerle el pezón en la boca al otro recién nacido.

Angela compartió con cuatro negritos la leche de aquella mujer de pechos inexhaustos.

Cuando nació María Celeste —el quinto hijo de la amamantadora— Angela terminó la lactancia.

Fue entonces que Alcira anunció que María Celeste sería de la niña Angela. Aquel regalo resucitaba la abolida costumbre de la colonia —cuando "los esclavos se podían dar, regalar y vender"— y los esclavitos negros eran los juguetes vivos de los "niños" hasta que dejaban de ser niños.

* * *

Tras la tutoría del tío soltero, iglesero y solitario, Angela quedó dueña y señora de la casa familiar de patio inmenso, fresco de calagualas y helechos temblorosos siempre, perfumado de azahares y jazmines.

María Celeste era ya maestra en confituras, yemas y batidos. Gastaba sus días junto a la niña, tejedora de sutiles encajes, pintora de almohadones de seda. La vida de ambas iba en serena marcha sin que la vida o la muerte de los demás alterara su ritmo.

La casa era una isla en el tiempo y era, además, la casa donde aún quedaba una adolescente para la tisis, por lo cual las demás no llegaban a ella. Tras el alba, las dos jóvenes cruzaban las calles para entrar en la iglesia y asistir a la misa del lucero que apagaba el último toque de campana. La estrella de los pastores se anunciaba en el cielo, cuando ellas cruzaban nuevamente las calles para los novenarios, que terminaban a boca de noche.

Algún mediodía, María Celeste, con una bandeja de plata cubierta con finas servilletas de encaje, llegaba a la casa parroquial o a la escuela de "las hermanas", con sus presentes de frutas de la casa o dulces o pasteles de su mano. Después la casa se cerraba a la calle y vivía su propia vida sin sucesos.

* * *

Nunca fue María Celeste a la casa materna. La madre y sus hermanos estaban en un mundo diferente, donde había perros, aguateros y bailes; acordeones, peleas y trabajos. Ellos eran parte de la negrada. Ella era una señorita negra, como la niña Angela era una señorita blanca.

El único tributo que pagaba a la familia eran los rezos en la semana de ceniza, pidiendo gracia para los hermanos que gozaban del carnaval entre bailes, quebraderas y torneos de zancadillas, en plena plaza ardiente de trapos rojos y gritos, o alguna pañoleta "más linda para guardar que pa ponerse" que hacía llegar a la madre en su cumpleaños.

* * *

A veces llegaba la madre-nodriz hasta la casa. María Celeste le cebaba mate con canela y le servía panes y roscas de leche. Al volver al rancho, la mujer decía a los hijos:

—No voy más... Parecen dos momias. No saben hablar de nada.

También ella se quedaba sin voz. Como si las dos, los cuadros, los sofás enfundados y el orden de la casa, la fueran encerrando en ella misma. Era una hora insoportable. Sin ruidos y sin palabras, sin referencias a la vida de los demás y a los hechos que ocurrían. Un mundo que sólo tenía bordados, patios sin ruidos y flores para los muertos y la iglesia.

—Un día se van a quedar mudas para siempre y no se van a dar cuenta —terminaba Alcira.

* * *

Tres días hacía que la señorita Angela se había ido para acompañar a sus hermanas. Aún estaban los perfumes de las flores muertas en los rincones, cuando llegó el escribano.

—La señorita hizo testamento. Le deja todos los bienes a la iglesia. Usted tiene que abandonar la casa...

* * *

La señorita negra empezó a caminar por la casa en sombras. Llegó a la cocina. En la oscuridad brillaban como lunas de verano, los tachos de cobre tan amigos de sus manos. Su brillo, su luz como ardiendo más atrás de sus formas, la detuvo.

Después comenzó a llorar lentamente porque de golpe se habían muerto los tachos de cobre, la señorita, los árboles frutales y las iglesias.

* * *

Cuando llegó a los ranchos, la negrada empezaba a revolverse.

Los hermanos marchaban a los hornos de ladrillo. La madre, cargando una enorme bolsa en equilibrio imposible sobre la cabeza, rumbeaba para el arroyo.

Ella la seguía. Iba cinco o seis metros detrás, haciendo chasquear los dedos, mientras un perro bailoteaba a su costado. No habían llegado al arroyo cuando se volvieron al rancho.

Con aquella ropa que vestía no iba a ponerse a lavar.

Juan José Morosoli



Juan José Morosoli (Minas, 19 de enero de 1899 - Minas, 29 de diciembre de 1957) fue un escritor uruguayo referente de la narrativa de la primera mitad del siglo XX, perteneciente a la generación del Centenario.

Su obra de corte criollista está centrada en el hombre de campo y su ambiente rural o de pueblo chico. La soledad, la muerte, los personajes simples y humildes, los oficios en

extinción, la transición entre el gaucho y el campesino, establecido muchas veces en condiciones miserables, forman parte de sus relatos breves enmarcados en la literatura posgauchesca de su país.

En colaboración con Julio Casas Araújo escribió tres piezas teatrales entre 1923 y 1926: Poblana, La mala semilla y El vaso de sombras. Fueron estrenadas en Minas y Montevideo.⁴ Poblana, cuyo texto se extravió, fue estrenada en diciembre de 1923 en el teatro Escudero de Minas, por la compañía de Carlos Brussa y con la dirección de Ángel Curotto. En 1925 la misma compañía estrenó La mala semilla. En 1926, con Curotto como director, la compañía de Rosita Arrieta estrenó El vaso de las sombras en el teatro Lavalleja de Minas.

En 1932 publicó en Minas el volumen de cuentos Hombres, reeditado en 1942 con modificaciones (tres cuentos suprimidos y cinco agregados) y prólogo de Francisco Espínola. Colaboró en 1933 con la Revista Multicolor de los Sábados (dirigida por Borges y Ulyses Petit de Murat) del diario argentino Crítica y a partir de 1934 con cuentos y artículos en el suplemento dominical de El Día de Montevideo. Desde 1940 lo hizo en el semanario Marcha, desde 1944 en la Revista Nacional y desde 1948 en Mundo Uruguayo.

En 1936 publicó "Los albañiles de Los Tapes". Le siguieron "Hombres y mujeres" (1944), "Perico" (1947, cuentos para niños, uno de sus trabajos más populares), "Muchachos" (1950, su única novela) y "Vivientes" (1953).

Estos títulos le otorgan el favor del público y de la crítica, entre los que se cuentan los responsables de la revista Asir que pasan a considerarlo uno de sus maestros. Fue uno de los más importantes cultores del cuento corto en Uruguay en los que rescata las vivencias de los personajes anónimos de pueblos del interior y de zonas rurales de su país.